

GABRIELLE SUCHON

TRATADO QUE DEMUESTRA QUE SIN FUNDAMENTO  
SE ATRIBUYE A LAS MUJERES TRES DEFECTOS:

LA DEBILIDAD, LA LIGEREZA Y LA INCONSTANCIA,  
y que sirve de suplemento al libro anterior<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> [La autora se refiere al *Tratado de la Moral y de la Política*. Para profundizar en la relación entre ambos textos, *vid. supra*, p. 7 y ss. *NdE.*].



## PREFACIO

Es cosa singular que, creando Dios a la mujer de una costilla de Adán para ayudarle y hacerle compañía y siéndole semejante e igual en todo, los hombres hayan pervertido tanto la estima y el cariño que deben a las mujeres que puede decirse que han renunciado a una parte de sí mismos, visto el desprecio constante que les profesan. Porque no solo las privan de los mayores beneficios de este mundo, que vienen del actuar y pensar con libertad, haciéndolas ignorantes y dependientes, tal y como he demostrado en las tres partes de mi *Tratado de la Moral y de la Política*, sino por los juicios implacables que casi siempre pronuncian para menospreciarlas.

Entre todos los defectos que se atribuyen normalmente a las mujeres, la debilidad, la ligereza y la inconstancia son siempre los más comunes. Como los hombres se han acostumbrado tanto a maltratarlas de palabra, las vituperan sin darse cuenta e incluso pretenden que no se ofendan.

Al ser la fortaleza, la firmeza y la perseverancia lo que nos hace superiores a los demás, no es raro que los hombres intenten por todos los medios atribuirse esas cualidades, pero debe asombrar que pretendan atribuírselas como sea en perjuicio de las mujeres. Y como estas son una parte equivalente y esencial de la naturaleza humana, no se sabe de dónde viene que no se defiendan, después de tantos años en los que se ha decretado una especie de ley que las trata con el mayor desprecio. Podría creerse que es por seguir el consejo del moralista<sup>1</sup> que quiere que se sir-

---

<sup>1</sup> [Gabrielle Suchon suele citar los autores y las fuentes que emplea de manera explícita,

van de su mayor arma que no es otra que una juiciosa y prudente moderación, que les hace despreciar el peligro, el dolor, la injuria y los contratiempos. Porque, aunque los sufren intensamente, no dejan por ello de soportarlos con mucha resistencia: saben muy bien que, aun siendo tratadas de débiles, ligeras y mudables, en realidad no lo son. Son tan solo palabras inventadas a mala fe por sus enemigos. Algunos de estos se complacen en atribuir a las mujeres lo que sienten y viven quizá por sí mismos como si las palabras pudieran volverles a ellos inocentes y a las mujeres culpables. El resultado que se deriva siempre de estos discursos es que los unos siguen siendo débiles y las otras perseveran en hacerse fuertes y resistentes ante las penas y vejaciones.

Dado que las mentes llenas de prejuicios difícilmente cambian de parecer, solo con argumentos de peso pueden aceptar opiniones que contravienen las suyas. Y una verdad oculta en un error puede únicamente salir a la luz liberándola de las tinieblas del prejuicio: esto me ha obligado a demostrar en este breve tratado la gran valía de la fortaleza, la firmeza y la perseverancia que se les niega a las mujeres y qué se entiende por la debilidad, la ligereza y la inconstancia que sin más ni más se les atribuye.

Por todo lo anterior en el primer capítulo expongo que se puede ser débil de cuerpo sin serlo de ánimo y que, por el contrario, hay cuerpos muy fuertes y robustos que contienen a menudo almas extremadamente débiles e imperfectas. Además hago notar que hay debilidades naturales y de otro tipo que proceden de malos hábitos; en el segundo y tercer capítulo defino la fortaleza que considero una virtud cristiana, una virtud moral, un don del Espíritu Santo, una cualidad natural que hace al sujeto más fuerte y vigoroso que los que no la tienen. Dentro de todas estas diferencias, encuentro que no hay ninguna que no concierna plenamente a las mujeres como lo demuestran claramente los argu-

---

como veremos a lo largo de todo el *Tratado*. No es así en esta referencia, en la que el artículo determinado y la mayúscula distintiva en el texto original nos ha hecho indagar quién podría ostentar este título distintivo para ella y sus contemporáneos. Nos inclinamos por Sócrates, el cual, en varios testimonios de la época, es visto como el fundador de la Filosofía moral (Bossuet, en su *Discours sur l'Histoire universelle* de 1681, y Charles Rollin en su *Histoire ancienne des Égyptiens, des Carthaginois, des Assyriens, des Babyloniens, des Médés et des Perses, des Macédoniens, des Grecs*, 1730-1738. NdE.).

mentos y ejemplos que aporto. En el cuarto y quinto capítulo explico qué se debe entender por el término ligereza, ya sea en lo corporal y sensible, ya sea en lo moral, que restrinjo a los pensamientos, palabras y conducta. Y como la constancia y firmeza se oponen del todo a lo ligero y mudable, no solo las defino por su persistencia y determinación sino también por su empeño en soportar las aflicciones e infortunios que suceden en esta vida. Y al sufrir las mujeres más penas y calamidades que los hombres, demuestro que no hay razón para negarles la cualidad de la constancia.

Como la ligereza y la mudanza de opinión son términos que, en apariencia, quieren decir lo mismo, me veo obligada en el sexto capítulo a explicar sus diferencias y demostrar también que la mudanza que es acertada no debe censurarse, cosa que siempre debe hacerse con la ligereza. En el séptimo describo la perseverancia, culminación y broche de oro de nuestras acciones. Y en el octavo y noveno capítulo, narro brevemente bastantes ejemplos de mujeres y muchachas fuertes, constantes y con perseverancia, que han destacado en estas grandes y sublimes cualidades. Cierto es que mi crónica no es muy extensa: como varios autores ilustres, cuyos libros suelen estar en manos de coleccionistas, ya habían escrito y compilado estas narraciones hace tiempo, no decidí tratarlas a fondo sino únicamente hacer algunos comentarios a cada ejemplo para apoyar más sólidamente lo que digo en honor a las mujeres. Porque, aun cuando mis pruebas sean bastante serias por sus firmes argumentos y no se pueda desmentir nunca la autoridad que emana de tan grandes personajes, he decidido mostrar con hechos que las mujeres han probado con su conducta lo que los sabios dijeron en su favor y las bondades que el Libro de Dios escribió sobre ellas.

Se encuentran tantas contradicciones en los defectos que los hombres atribuyen a la mujeres que es muy fácil hacerse a la idea de que su desprecio se funda más bien en opiniones y ocurrencias que en la razón, la justicia y la verdad. Porque no contentos con llamarlas ligeras e inconstantes, quieren además hacerlas pasar por testarudas y demasiado obcecadas en sus sentimientos. Y, sin embargo, estos rasgos son tan opuestos que la consideración de uno de ellos en un asunto excluye necesariamente el del otro, por el motivo de que la ligereza proviene de un temperamento caliente y húmedo, que dilata y evapora a quien lo posee y le impide tener

una consistencia firme y estable; la obstinación, por el contrario, normalmente reside en el temperamento cuya frialdad y sequedad lo paralizan y coartan a fin de que no se disperse. De manera que estas disposiciones de carácter no podrían tampoco darse juntas, como la luz y las tinieblas, dos cosas contrarias por naturaleza<sup>2</sup>.

Es fácil demostrar que los enemigos de las mujeres las critican a menudo sin poder decir los motivos. De suerte que si se los obligara a dar alguna prueba de lo que defienden, no podrían dejar de mostrarse confusos, ya que resulta imposible combinar rasgos morales muy alejados entre sí e incluso incompatibles, lo mismo que ocurre con los físicos. Dado que los susodichos rasgos se destruyen de suyo, no me cuesta refutarlo: solo tengo interés en demostrar que sin motivo se atribuye a las mujeres la debilidad, la ligereza y la inconstancia, ya que tal opinión no se sostiene ni con argumentos de razón, ni de autoridad ni con ejemplos. Y lo digo para todas en general, tanto más que, si existen varias con alguno de esos defectos, hay sin discusión más mujeres fuertes, constantes, fieles y valientes. Puesto que es lícito oponerse a la violencia con la violencia, no creo que se pueda ver mal que me haya propuesto defender a las mujeres que los mal intencionados calumnian y me emplee en absolverlas rebatiendo las ofensas con argumentos sólidos y pertinentes.

Ni todo lo que se pudiera decir contra las mujeres las hace culpables ni las palabras que las rebajan menos perfectas. Como siempre hay personas que achacan su silencio a la poca fe que tienen en su causa

---

<sup>2</sup> [La filósofa rebate la opinión extendida en su época sobre las diferencia de caracteres entre hombres y mujeres, basada en la teoría de los cuatro humores de Hipócrates y Aristóteles, difundida por Galeno. Según estos autores, la combinación de los mismos determina física y psíquicamente a los individuos. Derivaciones de esta teoría explicaban que en el hombre domina el humor cálido y seco, del que derivan cualidades morales como el valor, la mesura y la fuerza, mientras que en la mujer dominan los humores fríos y húmedos, responsables de un temperamento débil, voluble y dado al engaño. Este efecto nefasto de la humedad explicaría la menstruación por la que el cuerpo se liberaría de su exceso de la misma en forma de sangre impura y desechable.

Para profundizar en esta información cf. Tomasset, Cl., «Sobre la naturaleza femenina», en *Historia de las mujeres en Occidente* (dir. Christiane Klapisch-Zuber), Tomo 2, tr. Marco Aurelio Galmarini, Madrid, Taurus, 2006. *NdE*].

más que a su prudencia y moderación, viene muy a cuento defender a las mujeres de la continua maledicencia y la calumnia a las que están sometidas. Si hasta ahora no se han defendido, no por ello se deben sacar conclusiones que vayan en su contra y ello por dos razones. La primera es que las calumnias demasiado evidentes se combaten mejor con paciencia y desdén que replicando y con discursos; en consecuencia, al haberse aplicado las mujeres en hacerse fuertes, constantes y perseverantes en lo que se supone que son más débiles, las mujeres se han preocupado poco de esos argumentos superficiales y rebuscados que a menudo denotan debilidad y mala fe. Y en segundo lugar, aunque se saben privadas de todas las honestas libertades que sustentan los inocentes placeres de esta vida, esto es, la ciencia, uno de los mayores deleites del entendimiento, el poder y la autoridad, las mayores ventajas de la política, nunca los hombres las volverían débiles, ligeras ni mudables, ni ningún argumento habido ni por haber disminuiría su buen juicio ni mérito. Por el contrario, se trata más bien de oportunidades para, haciendo oídos sordos, ejercer su fortaleza, reafirmar la constancia practicando el bien y, perseverando con nobleza, coronar una vida dichosa.

Algunos quizás vean mal que lleve a cabo la defensa de las mujeres después de tantos siglos de sufrimiento sin oponerse a sus enemigos; sin embargo, les ruego que observen que, sin haber pleiteado contra ellos ni haberlos perseguido, no por ello han dejado de quejarse con tanta gracia como prudencia. Y que, tras conseguir que algunas personas avisadas hayan asumido defenderlas, se han dado por satisfechas con los elogios y alabanzas que les han concedido los que tienen algo que ver con sus adversarios por ser del mismo sexo.

De todos modos, con aquellos que disfrutaban criticando y que nunca se contentan con las razones que se les dan para demostrarles que se equivocan, se impone utilizar palabras contundentes y expresivas para convencerlos, amén de proponerles la opinión de importantes personajes que escribieron en honor de las mujeres, para, de inmediato, refutar con mayor pertinencia lo que podrán oponer por su parte. Esto es lo que hago en este breve tratado, que no es fruto de un capricho ni de un antojo sino de la reflexión, la justicia y la equidad.

No es vivir sensatamente, dice un autor moderno<sup>3</sup>, lanzar improprios contra las mujeres. Hablar mal de ellas continuamente demuestra frenesí y poco juicio; por el contrario, alabarlas con moderación y conforme a verdad es tomar la postura más sensata. Como el veneno, según Séneca<sup>4</sup>, cura a veces a los que se quiere envenenar aun cuando hoy no esté entre los remedios sanadores, del mismo modo hay cosas muy provechosas, aunque no lo sean en apariencia. Por eso, los defectos que se atribuyen a las mujeres les son útiles porque sirven para que se vean las cualidades y virtudes que destacan en ellas, lo mismo que en los hombres. En la opinión de un Padre griego<sup>5</sup> nunca hay que hacer diferencias entre las almas, las virtudes y las perfecciones de los dos sexos: estas diferencias solamente atañen al cuerpo y no al entendimiento.

---

<sup>3</sup> [Este contemporáneo es muy probablemente François Poullain de La Barre, autor de *De l'égalité des deux sexes* (1673), al que ella ya ha citado en las otras partes del *Traité de la Morale et de la Politique* (1693). *NdE.*].

<sup>4</sup> *Sobre los Beneficios*, Libro 2. [Esta es la primera cita añadida por la autora quien, la mayoría de las veces, se limita a aludir a un autor o a un título sin más precisiones. En otras citas reproducirá el texto –es el caso de algunas citas bíblicas–, pero sin especificar ediciones concretas. También pensamos que a veces puede darse el caso de que cite de memoria, lo que le llevará a inexactitudes que en su momento señalaremos. *NdE.*].

<sup>5</sup> Teodoro. [Ejemplo de cita en la que Gabrielle Suchon se limita a nombrar a un autor sin más indicaciones textuales. Reproducimos tal cual este tipo de citas salvo cuando sea necesario indicar la obra en cuestión del autor citado. *NdE.*].